

de él, le tomó por su mano, le envolvió en su capa, le colocó en su mula y le condujo al sitio en que debía dormir. Por la noche le sentó á su lado y le obligó á comer en la misma escudilla.

Tal repugnancia sintieron los otros caballeros cristianos que creyeron que la lepra había contaminado sus platos y salieron de la habitacion á toda prisa. Rodrigo se acostó con el leproso y ambos se envolvieron con la misma capa. Dormía el valiente castellano cuando á media noche le despertó un soplo muy fuerte que sintió en la espalda, buscó al leproso, le llamó y viendo que no respondía, se levantó, encendió la luz y vió que el leproso había desaparecido de su lado. Volvió Rodrigo á acostarse con la luz encendida, cuando se le apareció un hombre vestido de blanco que entabló con él el siguiente diálogo:

—¿Duermes, Rodrigo?

—No duermo, pero ¿quién eres tu con tanta claridad y tan suave olor que difundes?

—Soy San Lázaro. Y has de saber que el leproso á quien tu has hecho tanto bien y tanta honra por amor de Dios, era yo; y en recompensa de ello, es la voluntad de Dios que, cada vez que sientes un soplo como el de esta noche, sera señal de que llevarás á feliz término las cosas que emprendas. Tu fama crecerá de día en día, serás invencible, temido de los musulmanes y cristianos y cuando mueras morirás con honra. Dicho esto desapareció la visión.

Desde entonces, el nombre de Rodrigo Diaz de Vivar adquirió gran nombradía, en una guerra que Sancho de Castilla hubo de sostener contra el de Navarra, venciendo entonces á un caballero navarro en singular combate, y conquistándose por este hecho el nombre de Campeador. Era á la sazón abanderado de San-